

Emmanuel Bove

El presentimiento

Traducción de Mercedes Noriega Bosch

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Edvard Munch, *Melankoli*, 1894-1896
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2016
© de la traducción, Mercedes Noriega Bosch, 2016

ISBN: 978-84-944769-3-8

Depósito legal: M-4456-2016

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El 13 de agosto de 1931, a última hora de la tarde, un hombre que debía de rondar los cincuenta años subía por la avenida del Maine. Vestía traje oscuro y sombrero de fieltro de un gris claro desvaído. Llevaba consigo algunas vituallas para la cena, cuidadosamente envueltas en papel de estraza y atadas con un cordel. Su aspecto era tan corriente que nadie reparaba en él. En efecto, su bigote negro, su binóculo, su camisa de rayas anchas, sus zapatos de cabritilla cuarteados como un viejo jarrón, no llamaban en absoluto la atención.

Se detuvo unos minutos en una esquina para contemplar a unos niños que jugaban, sin preocuparse de que su curiosidad pudiese provocar un atasco. Su cara expresaba toda la ternura del padre a quien la muerte hubiese arrebatado un hijo. A continuación quiso ir al estanco, para lo cual tuvo que cruzar la avenida. Lo hizo tomando infinitas precauciones, levantando un brazo

para que lo viesan los conductores y arrimándose a un cochecito de bebé. Hacía bochorno. El cielo estaba cubierto y, sin embargo, la luz era cegadora. Los camioneros que pululaban por ese barrio próximo a la estación de Montparnasse se habían despojado de sus chaquetas. Ante la indiferencia general, intercambiaban insultos desde sus asientos con la misma naturalidad con que respiraban. A la altura del cementerio, Charles Benesteau — que así se llamaba este hombre— torció a la derecha por la calle Vanves. Doscientos metros más allá, se detuvo delante de una casa cuya fachada parecía ennegrecida al carboncillo. En uno de los laterales de la entrada, una placa informaba a los viandantes de la existencia de un cierto doctor Swartz, especialista en enfermedades de la garganta. Entró en la portería sin llamar, diciendo: «Soy yo», cogió el periódico que le habían dejado ex profeso encima de la mesa camilla y empezó a subir la escalera.

Hacía poco más de un año que Charles Benesteau se había separado de su mujer y de sus hijos. Tampoco había vuelto a aparecer por el Palacio de Justicia. Había roto con su familia —incluida su familia política—, con sus amigos, y había abandonado su apartamento del bulevar de Clichy. ¿Qué había ocurrido? Cuando un hombre vive rodeado del afecto de los suyos, de la estima de sus colegas, un cambio de existencia tan radical resulta incomprensible a primera vista. Por eso el lector sabrá perdonarnos si dedicamos un

momento a ilustrarle acerca del pasado de Charles y de su carácter.

No fue hasta 1927 cuando la conducta y los actos de Charles empezaron a sorprender a la familia Benesteau, en especial al padre. Charles se había vuelto un hombre taciturno, quisquilloso, irascible. Al principio pensaron que podía deberse a los efectos tardíos de la guerra, pero luego lo atribuyeron a alguna enfermedad y, en 1928, decidieron que debía pasar una temporada en el sur, con su mujer. Pero a su regreso vieron que nada había cambiado; es más, contra todo pronóstico, su estado había empeorado. No dejaba, sin embargo, de acudir a su trabajo con regularidad, seguía recibiendo a sus clientes, se interesaba por todo lo relacionado con su círculo profesional, aunque lo hacía como quien esconde un secreto, siempre con ese aire distraído, distante, apesadumbrado, extrañamente parecido al que le vimos hace un momento, cuando se detuvo a observar a los niños que jugaban. Cuando le hacían una pregunta no contestaba o bien se encogía de hombros. Después de las vacaciones de Pascua ya no volvió a pisar el Palacio de Justicia. El asunto trascendió rápidamente y sirvió de pretexto a sus parientes para convocar un consejo de familia. Le pidieron explicaciones, y llegaron a mostrarse tan persuasivos que, al final, consintió en hablar. El mundo le parecía un lugar cruel en

el que nadie era capaz de tener un gesto de generosidad. No veía a su alrededor más que a gente que actuaba como si fuera a vivir eternamente, injusta, avara, dispuesta a adular a todo aquel que pudiera serle de utilidad mientras ignoraba al resto. Se preguntaba si realmente merecía la pena vivir en esas condiciones, y si no sería mucho más feliz en soledad que teniendo que esforzarse miserablemente para seguir engañándolos a todos. Semejante lenguaje causó un pésimo efecto entre los miembros de su familia, que se miraron entre sorprendidos e inquietos. Viniendo de Charles, esas opiniones estaban tan fuera de lugar como lo estarían en boca de un niño. Intentaron que comprendiese que no tenía derecho a hablar como lo hacía, que su discurso era más propio de los que no poseían nada. Cuando uno había tenido la suerte de contar con un padre, una esposa y unos hermanos como los suyos, no podía sino considerarse dichoso, y su deber era hacer todo lo que estuviese en su mano para seguir siendo digno de ellos. Que los que carecían de recursos y de familia hiciesen ese tipo de comentario era excusable; pero que los hiciese un hombre que nunca había conocido el sufrimiento, cuya labor durante la guerra había sido meramente auxiliar a causa de su miopía, eso sí que era inadmisibile. Unos meses después, una angina de pecho se llevaba al señor Benesteau padre, en ocho días. Esta repentina desgracia no pareció afectar excesivamente a Charles. Salía de casa

temprano, todas las mañanas, para dar un paseo sin decir dónde. A menudo ni siquiera regresaba a la hora de comer. Por la tarde se encerraba en su despacho y, cuando su esposa llamaba a la puerta, hablaba con ella pero sin dejarla entrar. En enero de 1930, surgieron dificultades a propósito de la herencia. Una creciente inquietud se había apoderado de los tres hermanos, que ya se habían reunido en varias ocasiones. Habían decidido por unanimidad que, mientras Charles no estuviese completamente restablecido, resultaría a todas luces insensato entregarle la parte que le correspondía. Y así se lo hicieron saber, con toda la delicadeza de que fueron capaces. Pero Charles montó en cólera y no les quedó más remedio que fingir que claudicaban, aunque a la mañana siguiente fueron a visitar a un notario para informarse sobre lo que debían hacer para impedir que Charles dilapidara su parte del patrimonio. La noticia llegó pronto a sus oídos y, desde ese día, se mostró aún más reservado. Ya ni siquiera su propia esposa podía acercársele. La intriga urdida por los suyos hacía su amargura más intensa ¿Qué se podía esperar de un mundo en el que tu propia familia, tus propios hermanos tratan de hacerte daño? Escribió una carta de ocho páginas a su hermano —de vez en cuando le daba por ponerse a escribir— para decirle que renunciaba a sus bienes, que nada le horrorizaba más que las disputas por dinero. Su mujer le recordó que no estaba solo, que también debía pensar en sus

hijos y en ella. Él le respondió que los Rivoire eran lo suficientemente ricos como para que no tuviese que preocuparse por el futuro y le suplicó que no volviese a hablarle jamás de aquella herencia. La dama montó en cólera. Charles la miró con aire compasivo y, en un intento de conferirles un sentido profundo, pronunció, con voz destemplada, estas dos palabras: «¡Tú también!». En mayo del mismo año, se fue a vivir a una modesta pensión de la calle Fleurus. Seis semanas después, tras lanzarle toda suerte de amenazas, su mujer solicitó el divorcio.

Después de cerrar la puerta de su apartamento, colgó el sombrero, dejó el paquete sobre la mesa de la cocina y se dirigió a la primera habitación, la que daba a la calle Vanves y que había convertido en su despacho. La última luz de la tarde alegraba la estancia cuyas paredes estaban cubiertas de libros. Habría podido llevarse algunos objetos del bulevar de Clichy, especialmente la terracota de Falconet que le había regalado su madre uno o dos años antes de morir, cuando aún era un joven abogado soltero recién instalado en la calle Pépinière; pero no la quiso. El único adorno que destacaba sobre la chimenea era un busto de escayola adquirido en las orillas del Sena. Delante de la ventana, un tablón de grandes dimensiones apoyado sobre dos caballetes hacía las veces de escritorio. Había también, en una esquina, un

diván protegido por una tela que alguien había comprado —era evidente— basándose en medidas aproximadas; si en su parte inferior era tan larga que colgaba por los suelos, a los lados, por el contrario, era excesivamente corta, y dejaba ver las gruesas rayas blancas y grises del colchón. Charles abrió la ventana y volvió a la cocina para prepararse la cena. Media hora más tarde, ya estaba sentado ante su mesa de trabajo. El sol se había ocultado. Al otro lado de la calle, un obrero fumaba asomado a una ventana. De vez en cuando se daba la vuelta y miraba hacia atrás bajando la cabeza, lo que parecía indicar que había un niño jugando a sus pies. Charles Benesteau se entregaba a sus reflexiones, abstraído. Todas las tardes se instalaba en su despacho, aproximadamente a la misma hora, para poner por escrito sus recuerdos. Ya había comenzado a hacerlo cuando vivía en el bulevar de Clichy. Utilizaba un lenguaje sencillo, desprovisto de artificio, como si no se plantease ni por asomo la posibilidad de que alguien lo leyera un día.

«Ya he hablado de mi madre largo y tendido —escribía— pero lo que aún no he mencionado es la infinita bondad con que atendía a todos aquellos que solicitaban su ayuda. La pequeña anécdota que voy a contar jamás se borrará de mi memoria, porque demuestra lo extraordinariamente bondadosa que era mi madre. Sucedió hace cuarenta años, es decir, cuando yo tenía diez. Mi madre debía tener

la edad que yo tengo ahora. Era muy bella. A menudo se lo oía decir a todos los que se le acercaban y eso me llenaba de orgullo».

Charles siguió escribiendo hasta que se hizo de noche. Solo las luces de la calle iluminaban ahora la habitación. Guardó sus papeles y se levantó. Su rostro reflejaba un profundo hastío. Nunca, al acabar la tarea, experimentaba esa honda satisfacción que produce el trabajo concluido. Parecía tan enigmático e insatisfecho como antes. Porque —todo hay que decirlo— no escribía sus recuerdos impulsado por una verdadera necesidad. Consideraba que su vida no tenía nada de particular. No sentía ningún odio ni amaba a nadie con pasión. Solo a base de aplicación y de esfuerzo conseguía revivir fragmentos de su pasado. Era como si se obligase a sí mismo a realizar un trabajo poco brillante.